

8-31-2005

Interview no. 1273

Juan Loza

Follow this and additional works at: <https://scholarworks.utep.edu/interviews>



Part of the [Oral History Commons](#), and the [Social and Behavioral Sciences Commons](#)

Recommended Citation

Interview with Juan Loza by Mireya Loza, 2005, "Interview no. 1273," Institute of Oral History, University of Texas at El Paso.

This Article is brought to you for free and open access by the Institute of Oral History at ScholarWorks@UTEP. It has been accepted for inclusion in Combined Interviews by an authorized administrator of ScholarWorks@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

University of Texas at El Paso

Institute of Oral History

Interviewee: Juan Loza

Interviewer: Mireya Loza

Project: Bracero Oral History

Location: Chicago, Illinois

Date of Interview: August 31, 2005

Terms of Use: Unrestricted

Transcript No.: 1273

Transcriber: Marina Kalashnikova

Biographical Synopsis of Interviewee: Juan Loza was born on October 11, 1939, in Manuel Doblado, Guanajuato, México; he was the eldest of his twelve siblings; in 1960, he joined the bracero program, and he worked in Arkansas, California, Michigan, and Texas; he picked beets, celery, corn, cucumbers, onions, peanuts, peppers, rice, soybeans, and tomatoes; he returned to México after the program, but he later decided to migrate to Chicago, Illinois, as an undocumented worker in 1968.

Summary of Interview: Mr. Loza recalls his childhood in Manuel Doblado, Guanajuato, México; he explains that he had little formal schooling, and he began working at age eight; additionally, he states that he heard of the bracero program from his godfather, and he approached the mayor of his town to be placed on the bracero list; he recounts his experiences while waiting to be contracted in Monterrey, Nuevo León, México, and how he had to work in order to have a place to stay while waiting for his name to be called; moreover, he relates what the process was like, the rough treatment he received from doctors, the way exams were conducted, and how he was dusted during the disinfection process; he worked as a bracero from 1960 to 1964, picking beets, celery, corn, cucumbers, onions, peanuts, peppers, rice, soybeans, and tomatoes in Arkansas, California, Michigan, and Texas; he talks about what his life was like as a bracero, the living quarters he had, the food he ate, and the way he was treated; furthermore, he narrates how he was denied service at a restaurant in Texas, and he was consequently beaten by a guard; he also recalls another incident in Texas when a group of *morenos* he worked with attempted to break into his living quarters; in addition, he states that he was treated badly by Mexican-American foremen; in 1968, he returned to the United States as an undocumented worker due to poverty; he concludes by expressing that he is proud to have been a bracero, which ultimately helped him change his life.

Length of interview 106 minutes

Length of Transcript 33 pages

Nombre del entrevistado: Juan Loza
Fecha de la entrevista: 31 de agosto de 2005
Nombre del entrevistador: Mireya Loza

Hola, soy Mireya Loza, es el 31 de agosto en Chicago y estoy entrevistando a Juan Loza.

ML: ¿Dónde y cuándo nació usted?

JL: El 11 de octubre del [19]39.

ML: Hábleme de su familia y el lugar donde nació.

JL: Bueno, yo nací en una hacienda que se llama Maravillas, municipio de Manuel Doblado en Guanajuato. Mi padre se llama Cayetano Loza Ornelas y mi mamá se llama Lucina González Zamora.

ML: ¿A qué se dedicaban sus padres?

JL: Mi papá se dedicaba a cultivar la tierra y a criar ganado, puercos, caballos, de todo lo que realmente se cría en un rancho.

ML: ¿Proviene usted de una familia grande?

JL: Sí, yo vengo de una familia de trece, murió uno y nacimos y vivimos, perdón, doce.

ML: ¿Cuántas hermanas y hermanos tiene?

JL: Somos seis hermanos y seis hermanas.

ML: ¿Dónde viven sus hermanos y hermanas ahora?

JL: Tengo un hermano en Chicago, tengo otro hermano en Atlanta, Estados Unidos y todas mis hermanas viven en el sitio de Maravillas y mis otros tres hermanos también.

ML: Hábleme de cuando fue a la escuela, ¿fue usted a la escuela y dónde?

JL: Bueno, en mi infancia cuando yo fui, cuando yo estaba en tiempo de escuela, mi escuela fue muy limitada. Fui un año a Maravillas y otro año fui con una ex maestra, que había sido maestra en su tiempo, pero como ya era mamá de familia, pues ya no continuó en el magisterio del profesorado, pero yo recibí un año más de escuela con ella.

ML: ¿Aprendió usted a leer y escribir?

JL: Muy poco, muy poco y empecé a practicar más cuando realmente necesité comunicarme con mis papás, con mis hermanos, puesto que ya no estaba con ellos.

ML: ¿Trabajaba al mismo tiempo que estudiaba, que estaba en la escuela?

JL: Sí, era más el tiempo que trabajaba que el tiempo que estudiaba.

ML: ¿Cuántos años tenía usted cuando empezó a trabajar?

JL: Muy escasos, muy escasos ocho a nueve años. Mi papá tenía mucho ganado, mi papá sembraba mucho cultivo de maíz, trigo y garbanzo y la mano de obra era muy escasa en ese tiempo, por lo tanto él creía que era más importante trabajar que ni aún la escuela.

ML: ¿Cómo se enteró usted del Programa Bracero?

JL: Bueno, después de que mi papá tenía una grande fortuna, era uno de los más ricos de El Bajío, de ahí de Maravillas, municipio de Manuel Doblado, mi papá empezó a jugar semana con semana a carreras de caballos y mi papá quedó en cero; hablando económicamente, no le quedó nada, solamente le quedaron deudas. Entonces para esa fecha, ya éramos once de familia y mi papá tuvo que huir de la casa en el curso del día por la razón de que cuando no lo buscaba una deuda por la mañana, lo buscaba por la tarde, lo buscaba al medio día. Y entonces, siendo yo el mayor, pues me veía en la necesidad de trabajar, de pedir prestado, de pedirle a la gente que me ayudara para por lo menos que mis hermanos tuvieran tortillas para comer en el curso del día. Entonces, viviendo en una pobreza muy fuerte, yo le pedí al presidente de Manuel Doblado que me concediera un número, o sea un espacio para venir de bracero a los Estados Unidos. Aunque yo era muy joven, pero la necesidad me motivaba a hacer el ánimo a salir del lado de mis padres, de mi madre, de mis hermanos y a, pues a rifármela.

ML: Y, ¿quién fue la primera persona que le platicó del programa?

JL: Bueno, mi padrino de bautismo, quien se llamaba Camilo Loza, primo hermano de mi papá había estado de bracero y como yo llevaba una relación muy bonita con mi padrino, aunque yo era un niño, un joven en ese tiempo, este, él me dice: “Ojalá y que un día tú puedas ir a los Estados Unidos, ahijado. Yo le pido a Dios mucho, porque yo sé que tú vas a encontrar una ayuda, un apoyo para mi comadre y para tus hermanos”.

ML: ¿Cuántos años tenía usted?

JL: Bueno, cuando mi padrino me empezó a platicar de esto, fue en el [19]57, porque él veía la necesidad pues bastante fuerte y él trataba de darme ánimo, de motivarme. Y para esa fecha, pues yo nací en el [19]39, tendría yo, vamos a decir once, dieciocho años, diecisiete.

ML: Y, ¿vivía su padrino en el mismo rancho?

JL: No, mi padrino vivía en Manuel Doblado, nosotros vivíamos en el rancho.

ML: Y, ¿cómo era la experiencia de él?, ¿le platicaba él de su experiencia como bracero?

JL: Bueno, es que los braceros, me decía él que el que tenía cuerpo, le acomodaban un trabajo de acuerdo con el físico de su cuerpo. El que tenía habilidades, igualmente, y el que no tenía escuela, ni cuerpo, pues lógico era que iba a venir a trabajar, pues fuerte.

ML: ¿Estaba usted casado en ese tiempo?

JL: No.

ML: ¿Alguna vez llegó a pensar en Estados Unidos antes de aquella época?

JL: No, antes de entonces, no.

ML: ¿Cuáles eran sus medios, sus expectativas del programa?

JL: Bueno, mis expectativas solamente eran de que si yo podía trabajar en México, yo podía trabajar en Estados Unidos y que de ahí yo podía darle una mejor vida a mis hermanos, a mi madre y, ¿por qué no? Pues yo estaba joven, mi ropa estaba completamente acabada y, ¿por qué no?, comprarme qué sé yo, ropa nueva.

ML: ¿Influyó su familia de alguna forma su decisión? Su madre, hermanos, hermanas, ¿qué pensaban?

JL: Bueno, mi madre no. Pero yo en quien encontré todo el apoyo después de el señor presidente que era compadre de mi papá, fue en mi abuelo. Porque cuando yo conseguí el número que el señor me concedió para venir a probar suerte al centro de contrataciones a Monterrey, yo le platicué a mi papá y dice: “Pos aquí hay tres cosas. Yo no te estorbo, yo no te ayudo, yo no te doy dinero. Si tú estas en posición de hacerlo, hazlo”. “Está bien. Yo quiero tu bendición y quiero tu voluntad”. Dice: “Eso sí te lo doy”. Entonces yo para ese tiempo, pues no valía ni \$5 pesos, menos lo que necesitaba, porque para venirse uno en ese tiempo, pues mínimo se necesitaban \$1,000 pesos entre pasaje y...pues no sabía uno la, qué suerte encontraba, si podía ser contratado a los Estados Unidos o no. Entonces pues tenía uno por fuerza que tener unos \$200 pesos extra para en caso de que por una razón u otra no fuera contratado, pues regresar por lo menos de nuevo a su lugar de origen.

ML: Describa el proceso de contratación. Así que el presidente ayudó que le dieran un número y luego, ¿qué pasó?

JL: Bueno, cuando yo no tenía ninguna alternativa y cuando yo no tenía quién me apoyara económicamente yo recurrí a mi abuelo. Mi abuelo dijo: “Con todo gusto, \$1,000 pesos para mí no es nada y te los voy a prestar sin plazo, sin rédito y tú me los pagas cuando tú puedas”. Entonces yo ya con los \$1,000 pesos, pues me sentí apoyado, fui para atrás y le dije al presidente que estaba listo. Nos venimos al centro de contratación a Monterrey, Nuevo León. Entonces en esa vez, fueron mil quinientos braceros los que salieron del municipio de Manuel Doblado, Guanajuato. Salimos en una noche como a las diez de la noche, fueron como unos veinte autobuses que veníamos llenos directos hasta acá. Le metían más o menos como unos noventa personas, después que el cupo era como para unos cuarenta y cinco o cincuenta pasajeros, pero teníamos que venir hasta en la parrilla del camión, arriba. Yo creo que arriba veníamos unos veinte y era para caminar, pues bastante tiempo. Se hace más o menos de Manuel Doblado a Monterrey unas cuatro horas y media y en esas condiciones llegamos a Monterrey. En Monterrey,

llegaban todas las listas de los diferentes estados de México y ahí tuvimos que esperar casi el mes para ser contratados. Entonces, pues yo no tenía experiencia, yo no sabía, yo venía con una venda, ciego. ¿Cómo podría yo tener mejor oportunidad? Se me vino la idea de que si yo me le arrimaba o me pegaba a personas que ya habían venido una, dos o tres o cuatro veces, pos yo estaría más orientado. Así lo hice y yo me le pegué a un señor que había venido ya siete veces, le decían El Güero, era de un rancho de La Calzada. Entonces él me dijo: “Vente, vente muchacho. Yo te voy a llevar a un lugar donde nos va a ir muy bien”. Entonces en Monterrey esperamos, como dije, más o menos como un mes.

ML: Y, ¿qué hacían durante ese mes?, ¿cómo era la vida durante ese mes?

JL: Bueno, desde la primer noche que yo llegué a Monterrey, muchos se fueron, se iban al hotel, muchos se iban a los cabarets, ¿qué sé yo?, a echar cerveza, a los restaurantes, que a bailar con meseras o cosas así por el estilo. Y como mi pensamiento y mis posibilidades económicas eran muy, muy escasas, entonces yo lo que hice, que desde el segundo día que llegué allí, el primer día yo me dormí ahí cerca de un restaurancito que tenía solamente cartón de paredes y cartón de techo donde vendían, ahí la señora puro arroz con frijoles y tortillas; era todo lo que vendía esa señora. Entonces me vendió en un peso en ese tiempo una caja de cartón donde empacaban huevo y yo me quedé ahí el primer día y el segundo día yo ya le dije a la señora que si yo le podía ayudar en algo, que yo estaba, este, por el tanto de trabajar. ¿Por qué?, por la mañana corrían las listas hasta las doce del día, de las nueve de la mañana hasta las doce del día corrían las listas. Si no salía la lista en que venía uno enlistado, tenía que esperar hasta otro día a ver si salía la lista al día siguiente y así sucesivamente día tras día, día tras día. Entonces como yo no quería gastar los pocos centavos que traía porque no podía ni debía, entonces yo le ayudaba a la señora a limpiar frijol, a lavar los platos, a partir lo que ella necesitaba para el arroz y cosas así por el estilo, a limpiar ahí el lugarcito, a tirarle la basura. Y la señora ya después me dejaba quedarme ahí, y ya no me cobraba, pero yo tenía que cobijarme un cartón y acostarme en otro.

ML: Y cuando por fin lo llamaron, ¿qué pasó?

JL: Bueno, el día que, el día que pasaron la lista de nosotros, ese día ahí nos hicieron a todos un examen físico y una revisión de documentos de acuerdo con los que nos habían pedido desde el primer momento de enlistarnos en Manuel Doblado. Entonces después de que pasábamos el examen físico, este, ahí éramos sometidos nosotros a una desinfectación con líquidos y con polvo para desinfectar el cuerpo de nosotros, que no fuéramos a traer microbios a la frontera de Estados Unidos con México. Entonces en la frontera que fue Piedras Negras, ahí pasamos otra semana, porque muchos salían de ahí, ahí en el centro de contrataciones en Piedras Negras, ahí nos examinaron hasta lo que habíamos comido el mes pasado. Mucho, un examen muy minucioso con mucha desconfianza y a veces hasta con crueldad, yo podría decirlo así.

ML: ¿Por qué cruel?

JL: Porque pues los doctores que examinaban un promedio de tres mil personas por día, imagínense. Si un doctor no tiene paciencia para examinar a un paciente cuando ha examinado cuatro, cinco, seis o diez en el día, ¿qué será cuando ha examinado miles? Claro que este doctor ya está asqueado, ya está, ya está lleno de ese trabajo y lo va a hacer de muy mala gana, de muy mala atención. Entonces cuando ya pasa uno el examen físico, por manos del doctor, entonces le vuelven a hacer el mismo proceso que le hicieron en Monterrey, se lo hacen de nuevo. Le quitan a uno toda su ropa, lo bañan con desinfectantes, con polvos y una serie de cosas que hasta me da pena mencionarlo. Entonces ahí pedían los pedidos de quinientos, de cuatrocientos, de doscientos, de ochenta, según era el pedido de los rancheros que iban a contratar a los braceros al centro de Piedras Negras. Entonces como yo traía ya ese consuelo o ese respaldo con este señor que había venido muchas veces, pos yo decía; “Pues que dure un día, que dure dos o que dure un mes, pero yo tengo esperanzas que vamos a ir a un lugar donde nos va a ir bien”. Porque en ese tiempo muchos braceros llegaban al mes, a los dos meses, a

los tres meses realmente fracasados. Fracasados porque lo que les pagaban, lo que nos pagaban y les pagaban en ese tiempo, pues era una miseria. Eran desde \$0.25 centavos por hora para venir a desenraizar, para venir a cultivar tierra con pico y pala. Entonces, pues esas personas nunca pagaban lo que se habían traído, eran los braceros fracasados. Entonces pues yo no quería ser unos de esos braceros fracasados, por eso buscaba un respaldo. Yo buscaba una luz que me guiara. Entonces duramos casi la semana ahí en Piedras Negras, cuando un día a las nueve de la noche hablaron por el autoparlante y dijeron que necesitaban doscientos regadores y dice: “Vente conmigo, vente, vamos”. Fuimos a esa hora y otro día a las seis de la mañana salimos para venir a trabajar a un pueblito cerca de Lubbock, Texas. Lubbock, Texas está por el lado de Lamesa, Abilene, Littlefield y en ese condado, era condado seco en ese tiempo, por supuesto, donde no era legal ni una gota de alcohol al público. Pero era un lugar muy bueno porque todo lo que se produce en ese condado es de riego, por lo tanto hay trabajo y mejor pagado. Como yo venía especialmente a los riegos, ya yo ganaba \$0.55 centavos por hora, pero trabajaba las veinticuatro horas, los siete días de la semana.

ML: ¿No descansaban el domingo?

JL: No, no había descanso porque los riegos cuando se empezaban, tenían que ser entre el día primero de febrero y el día diez, del primero al diez de febrero se empezaban y se cortaban del primero de agosto al día diez de agosto, se acababan los riegos para que si era cebolla, ya se cosechaba, si era sandía se cosechaba y si era algodón, ya se le tenía que dar tiempo a que se secase la tierra para luego empezar la pisca.

ML: Y, ¿cómo era tu rutina en Lubbock, Texas, diaria?

JL: Bueno, mi rutina es de, era que... Como nosotros, el rancho estaba cerca de la barraca, la barraca era donde nosotros dormíamos, donde nosotros hacíamos

comida. Era un lugar más o menos sería como esta sala, como de treinta por cuarenta algo así, donde habíamos aproximadamente unos ciento cincuenta, ciento ochenta braceros. Entonces ahí teníamos que nosotros hacer nuestra comida, nosotros lavarnos, nosotros todo el aseo personal, teníamos que hacerlo nosotros por nuestra cuenta. Era muy duro, porque en ese tiempo, pues no nos quedaba a nosotros libre para nada tiempo, teníamos nosotros que llevarnos nuestra ropa y allá donde andábamos en el chorro del agua, ahí mismo lavábamos la ropa y ahí mismo la tendíamos a secar en un arbolito o en una piedra o en un tubo, en lo que fuera. Ahí mismo se tenía que secar semana con semana y día tras día, así, así era. Y la comida que hacíamos era para comérsela en el momento, nunca hacíamos comida para dar dos comidas, no. En ese tiempo lo que nos ayudaba era que, pues nos pagaban muy poco por hora, pero también no pagábamos luz, no pagábamos gas, no pagábamos renta y nosotros comíamos un promedio de gasto era \$10 dólares, \$12 dólares por semana de comida.

ML: ¿Cuánto tiempo estuviste en Lubbock?

JL: En Lubbock, Texas yo duré tres años, [19]60, del [19]60 al [19]62; [19]60, [19]61 y [19]62.

ML: ¿Regresabas a México durante ese tiempo?

JL: Sí, yo regresé durante esos tres años, yo regresé dos veces a México. Pero el patrón me daba a mí una tarjeta como especial, que a la vez yo la usaba como si hubiera sido un pasaporte. Yo nunca tuve problemas con Inmigración, que me pararan. Sí, sí me paraban, me investigaban, pero con esa tarjeta yo estaba libre para andar por todo Texas.

ML: Y, ¿por qué es que fuiste la primera vez?

JL: Bueno, en la primera vez, cuando yo fui a México, me lo pidió mi madre. Mi madre se encontraba un poco mala y ella me lo pidió muy exigidamente, me dijo: “Si en día yo te di mi consentimiento para que tú vinieras a los Estados Unidos, hoy de la misma manera te digo que yo te quiero ver. Yo quiero que vengas, que sea un día, que sean dos, que sea una semana o que sean dos, lo que tú puedas, pero yo quiero verte”. Y como yo respeto mucho las decisiones de un padre, pues con la misma atención que ella me dio su consentimiento y su bendición para venir en una ocasión, yo regresé. Regresé por dos semanas y volví a venir a trabajar con el mismo patrón en el mismo trabajo.

ML: Y cuando estabas en los Estados Unidos, en Lubbock, Texas, ¿cómo hacías para comunicarte con tu madre y con tu familia?

JL: Solamente por cartas, porque en ese tiempo no había teléfono, ni siquiera a León, Guanajuato.

ML: Y después de esos tres años en Lubbock, ¿por qué decidiste salir de Lubbock y buscar otro trabajo?

JL: Bueno, cuando yo... Hubo dos razones muy grandes para yo sentir desprecio, para sentirme decepcionado de aquel lugar. Una, en el [19]61 cuando se estaba viniendo ya el frío por aquello de los primeros de diciembre, ninguno de nosotros teníamos suficiente ropa para esperar el frío. Entonces le pedí al patrón que me llevara a comprar ropa y me dijo: “Te voy a llevar y te voy a decir cómo te vengas en el autobús, pero yo no te puedo esperar”. “Bueno, está bien”, le digo, “al cabo me vengo en el autobús”. Entonces compré mi ropa, compré un radio, venía súper contento porque traía un radio, este, porque había comprado ropa y entonces, traía mucho frío, pero la ropa me la habían empacado en una caja donde la había comprado. Cuando llegué a la estación del autobús, sentía mucho frío y dije: “Voy a comprar el boleto y enseguida voy a tomarme un café”. Compré el boleto para Anton, Texas, que era el pueblito donde yo vivía y no podía contener el frío,

pues yo no estaba impuesto al frío. Entonces fui al restaurán y le dije a la que trabajaba ahí detrás del mostrador que me vendiera un café y me dice: “¿Puedes leer ese anuncio?”. Y yo casi le maliciaba porque yo no hablaba inglés. Entonces este, le digo: “¿Me puedes dar un café, por favor?”. Entonces me dice: “Te digo que no te puedo vender un café”. Y yo creí que me estaba hablando de broma. Entonces yo le enseñé un dólar y le digo: “Disculpa, yo creí que traía dinero americano y que el dinero americano servía para comprar lo que yo quisiera en Estados Unidos, pero veo que mi dólar tiene una diferencia”. Al momento que yo le dije eso, vino el que tenían ahí de seguridad; por cierto era un güero muy grandote, porque yo no le llegaba ni al hombro. Traía, lo recuerdo como si ahorita fuera, andaba vestido de vaquero y traía botas con casquillo de fierro y me dice: “*Come with me, please*”. Que todavía no se me olvida esa palabra, nunca se me va a olvidar. Entonces me sacó a media calle y me dice: “¿Quieres comprar café? Tienes que caminar tres bloques para acá y dos bloques para allá, ahí te van a vender el café, pero del otro modo, si regresas a molestar, *I gonna kick you again*”. Entonces me dio tres patadas en la pura sentadera, que a las seis semanas todavía no podía sentarme a hacer mi necesidad, esa fue una decepción. Entonces como ya todos los braceros se había ido, ya nomás yo quedaba, entonces me llevó el patrón a vivir en una casita muy chiquita, pero ahí vivían puros morenos. Entonces algunos de los morenos me empezaban a pedir un dólar prestado, un dólar prestado y yo se los prestaba. Entonces resulta de que un día me pidieron \$3 dólares y yo no los traía porque yo después de que compré mi provisión para la semana, yo le puse todo a mi mamá y no traía dinero, por eso no se los daba. Serían como las siete de la tarde para cuando me pidieron, me pidió el dinero y por ahí como a las once de la noche regresó con otros morenos ya y empezaron a darle duro con unos, con unos fierros de tractores viejos a la puerta donde yo vivía, la puerta era de fierro. Entonces pos yo me asusté mucho y atrás del cuarto donde yo vivía pasaba un canal. Entonces yo salí corriendo y con poca ropa, nada más con camiseta y calzoncillo, sin zapatos y sin nada salí corriendo, me aventé por la ventana de atrás y me aventé al agua al canal y yo crucé como una milla entre el regadío y fui a dar a la casa del papá del patrón y entonces, porque era el

que yo sabía que vivía ahí. Entonces él no me creía ni me entendía, vino conmigo a la casa, encontramos la casa toda, la puerta caída, la casa toda saqueada, voltearon todo, pos no tenía nada, no tenía nada el radio que había comprado se lo habían llevado y entonces pues yo dije: “Yo me voy”. Y otro día agarré mis cosas y yo me fui. Y hasta después, yo dije que no volvía ahí a Texas y, porque si me han agarrado, no estaría hasta ahora aquí en esta entrevista. Entonces después fui contratado de nuevo en Empalme, Sonora para ir a California.

ML: ¿Tenías hermanos que eran braceros también?

JL: Cuando yo me fui a California yo me llevé al mayor de mis hermanos para ayudarnos un poco con la carga de la familia, puesto que necesitaba la ayuda. Él estaba muy chico, pero dije: “Pues si logro que nos vayamos los dos, pos me es más fácil ayudar a mi madre”.

ML: ¿Cuántos años menor de ti era el mayor de tus hermanos?

JL: Cuatro años.

ML: Y luego, cuando vinieron la segunda vez, ¿qué es lo que pasó?

JL: Bueno...

ML: Pues, segundo lugar para ti.

JL: Bueno, cuando nosotros, dijeron que iba a haber otra vez braceros, no sabíamos ni para donde, nosotros nos enlistamos y fue suerte o cosa de los altos funcionarios del Gobierno que en ese tiempo mandaban la gente a Monterrey o a Empalme, Sonora. Eran los dos centros que había en un campo del Gobierno. Los dos centros estaban dentro del campo del Gobierno militar. Entonces me enlisté yo y enlisté a Manuel, mi hermano, el mayor de los hombres, digo, que es más chico

que yo. Entonces este, nos venimos acá a Empalme y duramos casi dos meses para ser contratados para California.

ML: ¿A dónde fueron en California?

JL: A mi hermano le tocó en Stockton, California, a mí me tocó en Sacramento.

ML: Y, ¿no podían elegir un lugar para ir juntos?

JL: No, porque le daban a uno una ficha, al entrar a la contratación le daban a uno una ficha y hasta allí el número era corrido. Pero cuando llegaba uno al centro de Mexicali, ya decían de tal número a tal número, si el mío caía en pares, iba a ir con los pares y si el número de mi hermano caía en nones, iba a ir con los nones. Entonces de ninguna manera podíamos ir juntos. Para eso se necesitaría mucha experiencia, que hubiera sido un bracero con mucha experiencia para que yo hubiera puesto en medio de mi hermano y de mí, otra persona para que los números fueran en pares. Los números que nos tocaban a nosotros los dos.

ML: Y, ¿qué es lo que le contaste a tu hermano antes de venir como bracero?, ¿qué le explicaste?

JL: Bueno, pues yo, las malas experiencias yo no se las platicué. Yo no le platicué que me habían corrido los morenos, yo no le platicué que me habían pateado los güeros, yo no le platicué cosas así de desanimarlo. Yo le platicué, pues: “Vamos para que te hagas una ropa nueva y vamos para que me ayudes a trabajar”, y hasta ahí.

ML: Y luego, cuando llegaste a California, ¿qué es lo que hacías en California?

JL: Bien, yo pensaba que, yo pensaba que en California nosotros íbamos a caer muy bien, porque decían que allá había muchos... Mi abuelo nunca vino y decía que

había muchos pochos, muchos mexicanos americanos y decían que allá no se sufría por el idioma. Pero el chasco más grande de mi vida que me llevé, fue, fue ése. Porque en California, allá sí fui mucho muy maltratado, ¿por qué? Porque esos mismos pochos los ponían como si fueran capataces a cuidar a los braceros, a trabajar a los braceros de sol a sol. Que en ese tiempo, los surcos donde nosotros trabajábamos en desahije de betabel, en desahije de lechuga, en el espárrago, eran de a milla y durante esa milla, nosotros teníamos que ir agachados con un azadón como de doce pulgadas el cabo y no podíamos levantarnos porque traíanos como tres mayordomos, que para mí no eran mayordomos, eran capataces, detrás de nosotros, que no podíamos por ninguna razón. Al que no les obedeciera a alguno de éstos, lo mandaban, simplemente para México de nuevo.

ML: ¿Qué es lo que hacías ahí?

JL: Anduve, como dije, como mencioné antes, estuve trabajando en el betabel, en el desahije, en el espárrago, en el apio y después en la pisca de la cebolla, en la pisca del tomate, de la cual yo me sentí, pues ya cuando fue la pisca de la cebolla, ahí yo ya no tenía mayordomo, porque ahí el mayordomo, el que me seguía eran mis manos y las ansias de ganar más dinero. En la cebolla, en dos mil setecientos braceros, me saqué el primer lugar y me dieron \$1,000 dólares al primer lugar, cosa que yo no lo sabía. Muchos de los que ya habían estado piscando cebolla por ahí en esos campos ya sabían, yo no sabía. Cuando a mí me dijeron, a mí me cayeron de sorpresa.

ML: Y, ¿cómo es que uno ganaba esos \$1,000 dólares?

JL: Por ejemplo, a nosotros nos pagaban, las canastitas de cebolla piscada, no rebotada, porque la que rebotaban había que cortarla. Era para la marqueta, era la que se piscaba, es la que se piscaba verde. Esa había que cortarle con tijera el quiote y la barba, esa era para marqueta. Pero la cebolla que nosotros piscábamos ya en ese tiempo era para embotarla, para canerías, para restaurantes ya para, para

venderla ya encostalada. Nos pagaban a \$0.13 centavos la canastilla y en ese tiempo había algunos que no sacaban ni para lonche, porque no se tiraban a trabajar, porque eran flojos, en otras palabras. Pero yo tenía muchas ganas de dinero, de trabajar y en ese tiempo yo el día que menos piscaba, piscaba doscientas cincuenta canastillas. Pero mi ropa a todas horas del día yo podía exprimirla. En el tomate saqué el primer lugar, ahí ganaba un promedio de \$480 a \$545 dólares por quincena, que en ese tiempo pues era mucho dinero. No era fácil, era mucho trabajo.

ML: Y luego durante ese tiempo, ¿seguías comunicándote con tu madre a través de cartas?

JL: Sí, eso sí, la comunicación era de cada ocho días. Cada ocho días en el camino se encontraba la correspondencia, porque cada ocho días yo le escribía a mi mamá y le ponía lo que yo podía aportar. Cada quince días le mandaba yo dinero, porque no recibía pago antes, pero sí, cada quince días yo le mandaba a mi mamá todo lo que yo podía.

ML: Y durante ese tiempo, ¿trabajabas siete días a la semana? O, ¿cuántos días a la semana trabajabas?

JL: Dependía, dependía. En la cebolla, durante el tiempo de la pisca de la cebolla trabajábamos los siete días de la semana. Cuando estuve en el tomate, nada más trabajábamos los seis días de la semana, pero como yo quería ganar un peso extra, yo me quedaba por la tarde, después de la pisca para cargar los camiones de las cajas de tomate y había veces que cuando el sábado no alcanzábamos a recoger todo el tomate que se había piscado, teníamos que regresar a trabajar el domingo.

ML: Y, ¿siempre recibías en tu trabajo tu sueldo cada quince días?, ¿nunca tuviste un problema con sueldo?

JL: En Texas no tuve problema, en California sí. Porque pues como cualquier otro que trabaja por dinero, si es por contrato, pues tiene que llevar uno una cuenta más o menos de lo que hizo por día, de lo que hizo por semana, de lo que hizo por quincena; si es por horas, pues igualmente. Entonces por ejemplo en la cebolla, a mí me faltaban todos los días de veinte a treinta canastas. Nos daban una tarjeta y en esa tarjeta tenía números, entonces el mayordomo o los mayordomos ponchaban la tarjeta para marcarle a uno cuantas canastas llevaba. Entonces, siempre, todos los días me faltaba. Entonces decían que no podía uno en ese tiempo hacer reclamos a la compañía o al centro allí, que tenía que hacerlo en el centro de contratación, pero, ¿de qué manera?, ¿de qué manera se podían hacer esos reclamos cuando nos llevaba dos días de camino para llegar al centro de contratación? Lógico, era que mejor se quedaban con ese trabajo y con ese dinero, porque ya no había ninguna alternativa. Es más, al que se aferraba o se ponía en mal con los mayordomos le decían: “Tu trabajo, tu trabajo se terminó, tu contrato se terminó”, y hasta ahí le daban trabajo. Del otro modo, si no le cortaban el contrato, lo dejaban en el campo: “Ahora no te necesitamos, estate listo para mañana”. Llegaba mañana y al día segundo tampoco lo levantaban. Cuando ya pasaba una semana y no habían levantado a ese pobre bracero a trabajar, pos lógico era que tenía que agarrar sus ropitas y irse de nuevo para México.

ML: ¿Cuánto tiempo estuviste en California?

JL: En California estuve un año, un año. A fines del [19]63 regresamos a México.

ML: Y luego, ¿qué hiciste cuando regresaste a México?

JL: Cuando regresé a México yo creí que ya la mala racha de pobreza había pasado, porque mi hermano y yo acumulamos algunos centavitos y nos pusimos a trabajar. Sembré trigo, como unas cuarenta hectáreas de trigo y el trigo iba súper bueno la planta y el día 19 de marzo cayó una helada y se heló hasta abajo y otra vez quedé en cero. Menos mal que no le debía a nadie nada. Entonces le dije a mi

hermano: “Pues ora con más razón vámonos a la contratación, vámonos a la contratación”. Dice: “Y, ¿a dónde?”. Le digo: “Tengo una, tengo uno que a hace de abogado y él está mandando gente por \$500 pesos. Ya nomás se presenta uno en Monterrey, esto tiene que ser en Monterrey”. Dice: “No, pues vamos”. Fui con el notario ese que tenía contactos con los del centro, porque para eso, entre el Gobierno y los manipuladores había mucha trampa, había mucha manipulación de que, es que ya cuando llegaba una persona al centro de contratación a Monterrey, ya venían dos o tres personas con el mismo número. Lógico era que ninguno iba, pos no iban a pasar tres o dos personas con el mismo número. Él que tenía menos influencia iba para atrás a su casa. Entonces en esa ocasión yo le dije al que, al notario que a mí me iba a dar garantía, que yo entraba a los Estados Unidos, si no, no le daba el dinero. Dijo: “Bueno, ta bien, yo te doy garantía”. “¿Cómo?”. Dice: “No, pues yo te doy garantía”. Le digo: “Ta bien. Yo te voy a dar a ti los \$1,000 pesos cuando yo esté contratado al otro lado en los Estados Unidos”. Mil pesos le di por mi hermano y por lo que correspondía a mí. Entonces nos venimos a Monterrey y a la siguiente semana ya estábamos, este, en el centro de contratación en Piedras Negras y nos venimos a trabajar a Arkensó. Estuvimos cuatro meses en Arkensó y estuvimos seis meses en Saginaw, Michigan.

ML: Y, ¿qué es lo que hicieron en Arkansas?

JL: En Arkensó yo trabajaba en los tractores, cultivando, cultivando el frijol de soya, cultivando maíz y cultivando las huertas de nuez. Como mi hermano no sabía en ese tiempo todavía manejar tractores o maquinaria, pues él tenía que trabajar en la limpia, porque no tenía otra o ayudándome a engrasar los tractores o ayudándome como ayudante mío, porque él todavía no sabía.

ML: Y, ¿por qué es que te dieron a ti permiso [para] manejar los tractores?, ¿dejaban a muchos de los braceros manejar tractores?

JL: No, no, no a todos, sino que le daban a uno una tarjeta y cuando yo fui contratado por primera vez para ir a trabajar en los riegos, le tenían por fuerza que autorizar a uno un permiso para manejar tractores, para manejar *pick-ups*, para manejar camioneta o para manejar camión. Por la razón de que cuando trabajábamos en los riegos, teníamos que cargar en los camiones unas láminas para bloquear las zanjas o las regaderas o los canales de agua. Teníamos que cargar sacos de arena, teníamos que cargar pipas de aluminio para pasar el agua del canal al sembradío. Y entonces esa tarjeta era válida en todos los Estados Unidos. Yo ya con esa tarjeta, es más, con esa tarjeta, trabajara yo en lo que trabajara, a mí me pagaban el precio de operador.

ML: Y, ¿habían operadores nacidos en los Estados Unidos trabajando, haciendo lo mismo?

JL: Pues sí, sí había, había rancheros que trabajaban. A veces la señora, a veces el señor, pero trabajaban dos o tres horas. Yo por dos meses estuve trabajando con dos tractores, uno lo manejaba yo y otro lo soltaba delante de donde yo iba barbechando. No, en el barbecho, en el primer cultivo que se le da a la tierra para poner la semilla. Se le ponía una manea en el volante al tractor que iba trabajando solo, para que diera una vuelta circular y así era como trabajaban. Y yo trabajaba arriba de uno y siempre al cuidado del que iba adelante. Así, que no solamente ganaba por el que yo andaba, sino por el otro que también cuidaba y yo trabajaba a veces catorce, a veces quince, a veces doce horas.

ML: Y, ¿por qué te fuiste de Arkansas?

JL: Bueno, en Arkensó ya cuando se acabó el cultivo, ya solamente quedaba destilar los campos donde se cultiva el arroz, quedaba esperar la cosecha de la nuez o la cosecha de el frijol de soya. Entonces en eso, pues ya no, ya no daban muchas horas, ya no había mucha expectativa de ganar buen dinero. Entonces pusieron ahí en el centro, pusieron un letrero que había un pedido para venir a trabajar en el

cultivo de pepino a Saginaw, Michigan. Entonces mi hermano dijo: “Pues yo quiero ir a conocer Michigan. Si tú no quieres ir, sí voy a ir”. Y entonces dije: “No, pues no lo dejo ir solo”, estaba muy chico, “yo me voy también,” porque si no, mi mamá se va a morir de pensar que se lo dejé solo. Y entonces por esa razón nos venimos a Saginaw, Michigan. En Saginaw empezamos a cultivar el pepino, después a pisarlo, a llevarlo donde lo preparan para enfrascarlo o embotarlo y así hasta que se acaba la temporada cerca de febrero o enero.

ML: ¿En Arkansas y en Michigan trabajabas todos los días de la semana?, o, ¿cuántos días trabajabas?

JL: En Arkensó trabajaba seis días. A veces que trabajaba, ya fuera en las reparaciones de los tractores o en dejar la maquinaria lista para el lunes empezar muy temprano, tenía que ser el domingo, porque al patrón no le parecía que yo agarrara dos horas el lunes para engrasar el tractor o para ponerle el equipo al tractor o cosas así por el estilo. Él quería que antes de las seis de la mañana yo empezara a trabajar y a él no le interesaba cómo fuera.

ML: Y en Michigan, ¿cuántos días de la semana trabajabas?

JL: En Michigan solamente seis días a la semana, pero no había horario de que ocho horas solamente, no. Era desde que se miraba, hasta que se oscurecía.

ML: Y, ¿qué hacías en tu día libre?

JL: En mi día libre solamente lo empleaba en lavar mi ropa, en arrimar la comida, en limpiar el cuarto donde dormía y era todo. En escribirle a mi madre o leer la carta.

ML: ¿Nunca salías?

(Entrevista interrumpida)

ML: Mi nombre es Mireya Loza, estoy entrevistando a Juan Loza, es el 31 de agosto 2005 en Chicago. Te estaba preguntando anteriormente, ¿qué es lo que hacías en tu día libre? Y si salías, ¿salías tú de las habitaciones o de el área donde trabajabas?

JL: En el tiempo que estuve en Texas nunca salí a un cine o a un centro de baile o a dar la vuelta al pueblo, solamente iba para comprar ropa o comprar comida, era todo. Pero de que yo dijera: “Ahora, hoy yo voy a esta fiesta, hoy yo voy a este rodeo o a esta fiesta de cualquier cosa”, no. Durante todo ese tiempo yo me privé en lo absoluto de cosas de diversión, nunca fui a un cine.

ML: Y en Michigan o en Arkansas, ¿no tuviste chanza de hacer otra cosa?

JL: En ninguna parte de las veces que yo estuve contratado tuve tan siquiera la oportunidad de decir: “Yo me pasé una noche bailando, cantando, tomando”, o cosas así por el estilo, porque durante el tiempo que yo anduve de bracero, no soy mentiroso, ni exagerado, nunca me tomé tan sólo una cerveza.

ML: Y cuando vivías en Michigan y en Arkansas, ¿cómo era el lugar donde vivías?

JL: Bueno, en Arkensó yo, nosotros vivíamos en una casita muy podrida, muy chiquita. Había ratas abajo, porque la mitad de esa casita la usaban para poner ahí semillas para sembrar el año que viene o poner fertilizantes o para poner combustibles de los tractores, de las máquinas de trillar y cosas así por el estilo. Por lo tanto el patrón, pues eso lo miraba como nada. Yo llegué a ver que aún el perrito que tenían ellos en ese tiempo tenía una casa nueva y yo le conocí como unas tres casas del perro que le compró él durante ese tiempo que yo estuve y durante el tiempo que estaba frío, vivía en el mismo espacio donde ellos vivían. Pero en cambio nosotros, pues no teníamos esa oportunidad, ni teníamos esa facultad. Teníamos que cobijarnos, me acuerdo como si ahorita fuera, nos dieron una cobijas de las que usan en el *Army*, verdes. Y cuando se empezaron a ir los

braceros porque se acababa el trabajo, pues dejaron ahí algunas cobijas y yo las recogí, puesto que las necesitábamos para cubrirnos nosotros.

ML: Y, ¿qué es lo que comías en estos varios lugares?

JL: Bueno, cuando estuve en Texas, después de un año ya me tenía fastidiado los pastelitos o el pan Bimbo o cosas así, porque yo taba acostumbrado a la tortilla. Entonces fui a la tienda y me dijo el compañero, dice: “Esta es masa harina”. Le digo: “¿Para qué es?”. Dice: “Para hacer tortillas”. “Ah”, le digo, “pues voy a llevar para hacer tortillas”. Entonces se me ocurrió traer unas dos bolsitas de masa harina con el fin de hacer unas tortillas, pero cuando tenía la masa amasada y que quise hacer las tortillas, pues no pude.

ML: ¿Por qué?

JL: Porque pues no sabía. Mis manos estaban duras, mis dedos estaban tiesos y yo no podía hacer las tortillas. Entonces me dice el compañero, dice: “Y ahora, ¿qué?, ¿te vas a comer la masa a puños o qué?”. Le digo: “No”, le digo, “tengo que sacar de mi repertorio una idea cómo yo voy a hacer estas tortillas”. Entonces habíamos comprado un bote de café y dije: “Este bote me va a servir de tortillera”. Le puse un plástico y luego la bola de masa y luego con un palo que por ahí [estaban] tirado y lo tallé con un vidrio, hice un bolillo, se lo pasé como si hubiera sido un racero y el bote de café fue de ahí en delante, fue mi tortillera. Porque de ahí en delante yo podía hacer las tortillas. (risas)

ML: No, y, ¿qué es lo que comías tu en California?

JL: Bueno, en California...

ML: ¿Les daban de comer?

JL: Nos abordaban, nos abordaban. Pero el sándwich, pues lo hacían desde un día antes en la noche y el calor taba muy fuerte, así es de que para el día siguiente que uno se lo comía, pues ya el jamón taba ácido, ya estaba echado a perder y la lechuga, pues la echaba a perder el mismo jamón que le ponían a uno en el sándwich, por lo tanto pues yo de primero lo llevaba el lonche. Ya después no lo llevaba, mejor venía, hasta que venía en la tarde a comer a la casa, al campo donde nos abordaban.

ML: Y en Arkansas y en Michigan, ¿qué hacías?

JL: (risas) Bueno, ahí el patrón nos llevaba a comprar comida o la provisión para la semana.

ML: ¿En dónde?, ¿en Arkansas?

JL: En Arkensó, donde él iba a comprar su comida. Y era una tienda muy cara, entonces pues la primera vez que yo empecé a echar cosas que yo miraba que el patrón ponía y empecé a echar cosas, en esa ocasión, gastamos como unos \$50 dólares para mi hermano y para mí. Dije: “No, pues yo no vuelvo a echar de eso”. Entonces dije: “Ahora tengo que recuperar el tiempo, el dinero perdido”. Y empecé a, empezamos a comer pura papa y frijol y ya después, pues como con papa y frijol nos alcanzaban muy bien \$10 dólares, pues mejor comíamos papas y frijoles.

ML: Y, ¿en Michigan?

JL: En Michigan, ya cuando, cuando fuimos a Michigan, ahí ya nos agarró muy cerquita una tienda de comida y mi hermano era muy bueno para comer, puesto que estaba joven, todavía estaba nuevo. Él siempre se gastaba sus \$10 dólares de comida para la semana y en la semana en pasteles, en sodas, en pan se gastaba a

veces \$12 ó \$13 ó \$14 dólares (risas) así que él gastaba lo doble de lo que yo gastaba.

ML: Y, ¿qué pasó después de Michigan? ¿Regresaron a México?

JL: Sí, yo pensaba, o sea el patrón en Michigan nos ayudaba para arreglar residencia permanente. Pero cuando nosotros le comunicamos a mi papá y a mi mamá que íbamos a arreglar residencia permanente, ahí mismo se podía aplicar para la residencia, mi papá y mi mamá no quisieron. Dijeron que si nosotros arreglábamos, ya nos iban a perder y ya no nos iban a volver a ver y no quisieron y no arreglamos. Entonces cuando nosotros salimos fue porque se terminó el contrato del Gobierno de Estados Unidos con el Gobierno de México sobre del Programa Bracero.

ML: Y te voy a hacer una serie de preguntas sobre el programa, ¿hiciste amistades duraderas durante esos años en los Estados Unidos con otros braceros?

JL: Pues muy pocas. Muy pocas porque si uno quería, no podía uno hacer amistades duraderas por la razón de que los rancheros usaban sus estrategias. Que si más trabajadores tenían trabajando juntos, como que ellos se sentían prohibidos de tratarlos mal o de tratarlos o de trabajarlos en horarios inadecuados o los siete días de la semana, porque entre... Vamos a decir, entre diez braceros, es lógico que no los diez braceros van a tener el mismo propósito ni las mismas ambiciones ni la misma disponibilidad de dedicarse a trabajar. Por lo tanto, entre más chico era el número de braceros que tenían los rancheros, más fácil era para ellos manejar esos braceros a su antojo de ellos.

ML: ¿Alguna vez fueron autoridades mexicanas al lugar donde usted trabajaba?

JL: No.

ML: ¿No?

JL: No, nunca fueron autoridades mexicanas a los lugares de trabajo.

ML: Y, ¿contrataron los patrones a algún ilegal que no fuera bracero formalmente a través del programa de los braceros?

JL: Sí, sí había. Sí había en ese tiempo, ya había ilegales. Lo que pasaba, una cosa, que en ese tiempo, como pasar a los Estados Unidos era muy fácil, pues no se venía el que no quería, porque yo llegué a pasar cuando yo tenía permiso como bracero, yo llegué a pasar a las nueve de la noche. Llegué a cruzar la línea, no me pedían nada, nomás pagaba \$0.10 centavos, ya después eran \$0.20 centavos y era todo. Yo agarraba el camión para donde fuera y nunca me revisaba a mí La Inmigración ni nada de eso. Entonces en ese tiempo, el que quería, pues se venía y sin ningún, sin mucho problema porque después de que pagara la cuota ahí en el puente, no le decían nada.

ML: alguna vez, ¿usted tuvo algún problema en su trabajo?

JL: Bueno, pues solamente el problema cuando me corretaron los morenos esos que solamente de eso. Pero cuando trabajaba en Arkensó, el día que ya le dije al patrón que yo me venía para Michigan, me debía siete días de trabajo. Entonces cuando ya me iba a llevar a la estación del autobús, le digo: “Me faltan siete días de trabajo”. Dice: “No, yo estoy al día contigo, yo no te pido fiado, ni tampoco estás trabajando y después te pago. Yo te pago adelantado”. Digo: “No, no salgas con esas vivezas. A mí me pagas mi trabajo. Si no me lo pagas tú, me lo paga el Gobierno, pero a mí me lo pagas”. Y dijo que no me pagaba, yo me fui para Saginaw y él me mandó a Saginaw, completos los siete días que me debía en un cheque.

ML: Y, ¿qué sucedía en caso de un accidente o enfermedad?

JL: (risas) Bueno, le daban a uno en el contrato, le daban unas hojas que para mí no eran nada, porque en esas hojas hablaba donde te daban \$400 pesos por un dedo, te daban \$1,000 dólares si te arrancabas los cinco, te daban \$1,500 si te arrancabas el brazo. Pero la cosa es que esas hojas no eran tan siquiera en español, eran en inglés. ¿Quién se defendía?, ¿a quién le pagaban o a quién le cobraban? Yo llegué a ver varios golpeados de los pies, de las manos, cortados, pero aquí, ¿cómo cobraban? Si no sabían defenderse. Entonces automáticamente era como un mudo, que si no le ven, si no le miran la seña, pues no saben lo que quiere decir.

ML: ¿Tú te enfermaste en alguna ocasión?

JL: Solamente de un dolor de muelas en Texas y para eso, el patrón muy atento, no me dejó trabajar por tres días. En el mismo día que le dije que me dolían las muelas, me llevó al dentista, me sacaron dos y por la noche vino a verme la señora y a traerme unas pastillas, que habían hablado al dentista que me diera algo para el dolor y pues, con mucha atención de ese patrón, yo creo que no volví a tener uno en Estados Unidos.

ML: Y en los lugares donde trabajabas, de vez en cuando tenían radios, tú habías dicho que compraron un radio, ¿escuchaban la radio mucho?

JL: No, no se escuchaba mucho porque en Texas casi todos los programas en ese tiempo eran en inglés. Había veces que lo que sacaban en español, solamente era bailes que iban a tener los, pues los que andaban con más, ya con más influencia. Ponían un comercial y empezaban a tocar, pues la mitad de una canción o unas dos, tres frases de la canción y era todo, pero lo hacían solamente como un comercial. La única estación que se escuchaba en Texas en ese tiempo era la estación de Harlingen, esa sí se escuchaba, pero nomás durante el día. Ya por la noche ya no se oía. A las dos de la mañana empezaba otro programa que eran los

Laboratorios Mayo y conectados con otro programa de Villa Acuña, que era por una hora cada programa y era todo.

ML: ¿Celebraban ustedes, los braceros, en estos varios lugares, Semana Santa o Navidad o el 16 de Septiembre?

JL: Nada de eso.

ML: No. ¿Regresó usted a México cuando terminó su contrato, el último contrato en Michigan?

JL: Sí.

ML: ¿Le facilitó su patrón transporte para regresar a México?

JL: Sí.

ML: Después de terminar su contrato de trabajo, ¿qué tan difícil era conseguir otro contrato? Pues ya el último era porque el programa había acabado, ¿no?

JL: Ya no hubo, desde el momento que se terminó el convenio entre el Gobierno de Estados Unidos y el Gobierno de México, ya no hubo legalmente ningún acuerdo de trabajo.

ML: Y, ¿cuándo regresó a los Estados Unidos de nuevo? ¿Qué año?

JL: Bueno, seguimos en la misma situación porque a medida que va creciendo la familia, van creciendo los deseos, las ilusiones de un mejor futuro. Mi mamá, aunque ella sabía que estábamos muy pobres, sus ilusiones de ella de educar a alguien de la familia nunca las perdió, nunca se quitó esa meta de la cabeza. Entonces yo cuando regresé, yo me encargué de cuidar a la mamá de mi mamá y a

una hermana mía. Entonces yo empecé a comprar ganado, vacas, puercos, gallinas, de todo y me empezó a ir muy bien. Yo acumulé un capitalito que ya yo pensé que no necesitaba regresar a los Estados Unidos. Pero en el [19]66, mi abuela murió y yo ya no tuve control de, ni ánimos de seguir trabajando en México, porque todo me resultaba mal. Compré una partida de bueyes, me los robaron. Traté de arreglar pasaporte, estuve ya para recibir la visa, el día que... Un tío mío me ayudó, me compró las cartas de sostenimiento, apliqué en la embajada en México y fue aceptada mi aplicación, pero el día que jui a recibir mi visa, ese día cambió la ley de que el que no tuviera la forma de los *income tax*, no podía recibir visa. Y si yo había trabajado de bracero, yo no tenía ninguna forma. Yo no sabía ni de qué me hablaban, de forma de *income tax*. Entonces a mí se me cayeron las alas por ese lado y las cosas empezaron mal. Mi madre mala, a mí me robaron, tratadas que hacía malas, quedé en cero económicamente y de lo que yo creía que ya tenía un capital, ni siquiera una cruda me quedó, porque no tomaba. Entonces yo dije: “Yo me voy a los Estados Unidos, yo me voy ilegal”. Y entonces le dije a mi hermano, pero ya para eso mi hermano estaba casado, ya tenía dos de familia y ya no se quiso venir él. Entonces le dije a otro de mis hermanos, dijo: “Yo sí me voy”. “Pues nos vamos”. Nos venimos de ilegales. Mi tío nos mandó el nombre de un coyote, el nombre del hotel a onde nosotros teníamos que llegar y entonces lo más duro para mí fue que el día que se nos apareció el que la hacía de contrabandista o el coyote, dice: “Yo voy a sacar cincuenta esta noche, pero yo quiero entenderme nomás con uno”. Entonces no sé por qué me vieron cátedra de líder o no sé, será que hablo mucho, este, dijeron que yo fuera. Dijo: “Sí, yo voy a coleccionar una tercera parte de lo que a mí me van a pagar aquí al sacarlos del hotel, cuando los suban en el carro, ya del otro lado, van a dar otra tercera parte y cuando los lleven al destino van a completar el pago”. Entonces cuando yo le entregué el dinero a él, antes de entregarle el dinero de todos, él me dio una [pistola] .38 súper y dice: “Tú eres responsable, tú llevas el dinero, ¿verdad?”. Dije: “Sí”. “Tú vas a responderles a ellos, a todos ellos y a mí por ese dinero. Por eso te doy esto para que te defiendas”. Y entonces salimos a las diez de la noche del hotel y a las dos de la mañana estábamos, pues,

estábanos cruzando el río. Al salir del río él ya me había dicho: “Si encontramos a alguien y si tú no le tiras, yo te voy a tirar a ti”. Le digo: “Está bien”. Entonces cuando salimos del río había una bajada muy grande y andaban ahí unas mulas y yo las vi de repente y le aventé dos balazos y dice: “Ya para tu pedo, no hagas ruido, no hagas ruido”. Dije: “Bueno, ¿en qué quedamos?, ¿en qué quedamos?”. Dijo: “Okay”, dice, “okay, okay, ya”. Entonces en cuanto caminamos, sería como un kilómetro, que ya era cerca de las cuatro de la mañana, me dice que quiere el dinero. Le dije: “No te voy a dar ni un cinco”. Dijo: “Me vas a dar el dinero”. Le dije: “Te digo que no te voy a dar ni un cinco”. Dijo: “Entonces si no me das el dinero, dame la pistola”. Y entonces me le arrimo yo cerquita y le dije: “Si la quieres te la voy a dar trabajando, ¿la quieres?”. “No”. Dije: “Pues entonces, estamos en lo que estamos y camínele. Vamos adelante”. Nos venimos a Chicago. Traía yo a mi hermano, pues muy chico.

ML: ¿Cuál hermano?

JL: Pedro. Entonces empecé a tener problemas para que le dieran trabajo a él porque estaba chico y...

ML: Y, ¿por qué vinieron a Chicago?

JL: Porque aquí estaba un hermano de mi papá y pensamos encontrar apoyo con él, encontrar ayuda como así lo fue.

ML: Y, ¿por qué vino tu tío a Chicago?

JL: Mi tío vino de ilegal a Chicago en el [19]56 y después de que regresó ilegal, él se casó y la esposa de él tenía sus hermanos que estaban emigrados. A los dos años de casados ellos, los hermanos le ayudaron a emigrar a mi tío.

ML: Y, ¿estaban los parientes de ella en Chicago?

JL: Sí, sí, los parientes de su esposa de él estaban en Chicago. Ellos le ayudaron a mi tío y mi tío nos ayudó a nosotros.

ML: Y, ¿qué llegaste a hacer en Chicago? Tu primer trabajo aquí, ¿qué fue?

JL: Cuando llegamos aquí a Chicago, lo primero que hicimos luego luego fue solicitar el seguro social, porque sin él no podíamos trabajar. Pero en ese tiempo, en el [19]68, nomás en cuanto llenaba uno la forma de los datos de uno, la edad, los papás y eso, le daban ahí mismo en la oficina, le daban a uno el seguro social. Así es que en ese tiempo, pues no había ese problema. Entonces pues como todos, quiere uno ganar rápido, bastante. Entonces mi tío nos buscó en el contrato, en la construcción, ahí empecé a trabajar, en la construcción y ahí metí también a mi hermano y trabajábanos en Wisconsin, Milwaukee, en Springfield, Joliet, estuvimos trabajando en el campo del Gobierno, pero ya no me fue tan difícil, porque lo que yo sabía de manejar maquinaria, eso me facilitaba para que yo ganara más dinero y tener un trabajo más seguro. Como también yo ya sabía un poco de, pues de mecánica, de la maquinaria y también sabía un poco ya de inglés.

ML: ¿Dónde aprendiste inglés?

JL: (risas) Eso sí fue duro, aprender inglés. Cuando yo me quedé en Texas, para trabajar en el invierno en Texas, yo trabajaba con los mecánicos que eran morenos, no hablaban ni una palabra de español y había veces que me decían: “Dame las pinzas”, y les daba el desarmador. Pues con el mismo desarmador me daban por la espalda, lo más recio que podían y ahí se acordaban de mi mamá a la vez.

ML: ¿Era cuando eras bracero en Texas?

JL: Ey, era cuando era bracero. Entonces estuve así como por dos meses, batallando bastante y un día me dice un moreno, dice...

ML: Los morenos, ¿eran los mecánicos?

JL: Sí, entonces me dice un moreno de los mecánicos que quería que fuera a su casa y tenía buena intención conmigo, porque me llevó para que su esposa de él, era mexicana, para que su esposa me diera clases de inglés. Entonces me dijo: “Dice mi esposo que si usted quiere aprender inglés, que yo lo enseñe y que él lo trae todas las tardes para que usted estudie inglés”. Y entonces le digo: “No, pues muy agradecido”. Le digo: “Sí, pues cómo no”, le digo, “pues gracias por esa buena voluntad”. Y entonces me dice: “Pues aquí le voy a prestar este cuaderno para no perder esta tarde”. Y empezó a ponerme el abecedario, *a,b,c* y todo eso. Y me lo llevé y en la noche [es]tuve estudiando. Le dije: “Bueno y yo mañana, ¿qué voy a sacar de esto? Yo voy a seguir con que me avientan el martillo, con que me avientan las llaves por la espalda, porque pues de esto yo no siento que me ayude a mí en el trabajo”. Pues esa noche casi no dormí, agarré la libreta y por el otro lado donde estaba el abecedario, le hice yo una lista de todos, de todas las herramientas que usábamos en la mecánica, al martillo, yo le puse martillo. Luego, le pongo pinzas, desarmador, llaves, luego los tamaños de las llaves y los dados, el maneral y toda la herramienta le puse yo una lista. Yo ya sabía la herramienta que necesitaba y que usaba en la mecánica. Entonces al día siguiente que voy con ella, le digo: “Oiga, me disculpa, pero sabe que el sistema que usted me enseña en inglés, voy a tardar una vida para yo hablar inglés. Yo quiero hablar inglés ya, porque ya lo necesito”. Dice: “Y, ¿cómo quiere aprender?”. Le digo: “A mi manera”. “¿Cómo?”. Le digo: “Así como traigo yo esto, así lo voy a aprender”. Y empieza ella a ver, dice: “Lo dudo”. Le digo: “Pues no lo dude porque sí lo voy a aprender”. Entonces le digo: “Nomás hágame un favor, ¿cómo se llama el martillo en inglés?, ¿cómo se explica?”. Dice: “*Hammer*”. “¿Cómo se llaman las pinzas?”. “*Pliers*”. “¿Cómo se llama el desarmador?”. “*Screwdriver*”.

Entonces yo escribía en español, pero según yo como se explicaba en inglés y así fue como yo aprendí un poco de inglés.

ML: ¿Para usted qué significa el término bracero?

JL: Pues el término bracero, pues para mí es una palabra de distinción, para mí es una palabra de mucho orgullo, es una palabra que yo quisiera que se quedara para la historia.

ML: ¿Sientes que el Programa Bracero impactó tu pueblo en México?

JL: Yo siento que el Programa Bracero impactó a todos los mexicanos que de una manera o de otra fueron tocados, fueron beneficiados, fueron advertidos, fueron motivados a dirigirse a esta nación, porque si no hubiera sido por los braceros, en este momento no habría los millones de mexicanos que estamos actualmente en los Estados Unidos. Seamos legales o ilegales, pero estoy seguro que si no ha sido por este programa de braceros, no habíamos los mexicanos en los Estados Unidos como estamos.

ML: Y, ¿cómo cambió tu rancho por el programa?

JL: Por el programa de braceros de mi rancho, yo fui el primero que salí contratado de mi rancho como bracero. Entonces después empezó a haber más, cuando yo, cuando se acabó el programa de braceros ya habíamos como doce de mi rancho como braceros. Entonces era una gran diferencia entre cero braceros, un bracero y doce braceros.

ML: Y, ¿qué pensaban tus hermanas y tu mamá porque tantos se iban de braceros?

JL: Bueno, yo creo que lo que mi mamá y mis hermanas pensaban, era muy difícil de que ellos pensarán o asimilarán un poco la problemática que teníamos nosotros

los braceros. Eso es difícil, muy difícil, porque todavía hasta ahorita yo no he tenido la disposición de decirle a mi madre: “Esto sufrí yo cuando yo andaba de bracero”. Y no lo voy a hacer. Hoy lo estoy haciendo porque siento un deber como mexicano, como bracero, de que si es una historia que empieza o es una historia que va en camino, yo ser parte del eslabón de esta historia.

ML: ¿Cómo se siente usted que lo llamen bracero?

JL: Yo me siento orgulloso, yo me siento orgulloso de haber sido bracero porque yo empecé desde abajo, yo empecé sufriendo, yo empecé con golpes de la vida, yo empecé con humillaciones, como también hoy me siento afortunado, puesto que tengo una familia, puesto que vivo en Estados Unidos. Dios me dio unos hijos que han tenido la oportunidad que yo no tuve, pero lo importante es que los siento míos.

ML: El haber sido bracero, ¿cambió su vida de alguna manera?

JL: Sí, cambió mi vida mucho, porque para mí la vida ha sido una escuela, cada día es diferente, cada día es nuevo. Todos tenemos problemáticas de económicas, de salud, desacuerdos, de todo, pero siempre hay una alternativa, cómo enfrentarlo, cómo resolverla y esto yo lo encontré en el camino de braceros.

ML: Ya terminé la entrevista, pero, ¿quiere compartir una cosa más o decir algo más antes de apagar la cinta?

JL: Bueno, lo que yo quiero decir es a todos los que están colaborando para esta historia de los braceros, que no se sientan humillados, que no se sientan personas de segunda clase frente a cualquier sociedad, de cualquier raza o de nación, que se sientan solamente como humanos, con lo suyo, con sus raíces, con sus tradiciones que les han inculcado sus padres. Porque a mí me apena oír noticias de drogadicción, de vandalismo, de perdición, pero me levanta el orgullo y la

satisfacción de hispanos que perseveran, que se superan, que tratan de ser la estrella que deberán de seguir a ejemplo muchos hispanos. Porque somos una nación grande, fuerte, capaz y que en un futuro brille esa realidad de que nos tomen en cuenta en los Estados Unidos, no como números, sino como personas con derechos, con respetos, con dignidad, para que nuestra raza y nuestros hijos puedan sentir ese orgullo de ser hispanos y de ser personas que han venido, han salido de braceros.

ML: Gracias tío.

Fin de la entrevista